

Hidalgo y Hierro bajo el magisterio de Gerardo Diego

Gerardo Diego no sólo fue uno de los principales mentores de la vanguardia hispánica y de su propia generación que con su imprescindible y ya histórica *Antología* contribuyó a consolidar, sino uno de los fundamentales maestros, junto con Dámaso y Aleixandre, de los poetas de la primera generación de postguerra, sobre todo de las figuras más revelantes de aquella santanderina Quinta del 42: José Luis Hidalgo y José Hierro. Éstos consideraron a Gerardo Diego, por aquellas fechas, como su verdadero preceptor literario a quien mostrar su incipiente labor literaria y reconocimiento poético. Ambos vates lo conocieron personalmente el 29 de marzo de 1938, cuando el poeta del veintisiete realizaba una conferencia en la capital montañesa, tan determinante acontecimiento en las vidas de por aquel tiempo noveles poetas, fue anotado por un testigo de excepción y compañero generacional: Aurelio García Cantalapiedra que en su libro biográfico *Tiempo y vida de José Luis Hidalgo* (1975)¹ señalaba cómo José Luis, Pepe Hierro y un amigo de ambos, Jaime Giménez, asistieron a una conferencia-concierto de Gerardo, donde pudieron saludarle y concertar una entrevista en la casa del propio poeta antes de que Hidalgo saliera movilizado por el servicio militar; Hierro lo visitaría después en varias ocasiones; sin embargo, el encuentro decisivo en nuestros jóvenes escritores fue un año después (finales de marzo de 1939 aproximadamente), cuando Hidalgo y Hierro fueron a verlo y le entregaron una pequeña antología poética que contenía 26 poemas (trece de Hierro y otros trece de Hidalgo con algunos dibujos de éste último) lo que demuestra el peso específico que va a tener el poeta en ambos.

José Luis Hidalgo en una carta (1941) a sus amigos Luis Corona y Jesús Cancio, a propósito de la aparición de la *Primera antología* de los versos de Diego en la editorial Austral, calificaba al vate del veintisiete como «el

¹ García Cantalapiedra, Aurelio, *Tiempo y vida de José Luis Hidalgo*, Taurus, Madrid, 1975, pp. 92-3. En una carta (junio 1935) a su amigo Aurelio, Hidalgo comentaba esta segunda vista a Gerardo Diego: «Pepe me dice en su carta muchas cosas y me pide que te las cuente, pues ha perdido tu dirección y espera carta tuya. Lo más importante de todo es el relato que me hace de la visita a Gerardo Diego. El libro le dijo que era «muy simpático», que le gustaba más lo versificado que lo otro, pues ya no aceptaba muchas de las cosas hechas por él y por sus amigos; que la poesía necesitaba un mínimo de valor conectante. (Por este lado puede estar tranquilo, yo nunca he perdido el contacto). Le dio un maravilloso concierto de temas sobre el agua (Debussy, Ravel) y le dijo que siempre que quiera vaya a su casa a charlar y oír música». Op. cit., pág. 101.

poeta más rico y complejo de la España actual», mientras José Hierro reconocía la influencia que sobre ellos siempre ejerció; por ejemplo, en una conferencia pronunciada en la Diputación Provincial de Santander en el verano de 1958, el autor de *Alegría* calificó a Gerardo Diego como «nuestra nodriza poética» y comentó a propósito de su magisterio:

Piensen ustedes que esto ocurría en torno a la guerra española, en un momento en que la poesía andaba total y absolutamente aislada, no pertenecía en verdad a la vida real. Nosotros teníamos necesidad de hacer versos, tratábamos de hacerlos. Teníamos para nosotros una Biblia, que nos pasábamos, que comentábamos, que discutíamos sobre ella, que era la Antología de Gerardo Diego. Pues bien, con José Luis Hidalgo comentábamos estas cosas. Estaba ya su espíritu, su espíritu grave, su espíritu hondo, preocupado por las cosas trascendentales; pero al mismo tiempo era fabulosamente imaginativo y optimista. Entonces, José Luis era pintor a ratos, que alternaba esta actividad suya artística, con una terrible, con una honda preocupación por la filosofía, por la metafísica².

Desde el punto de vista del propio Diego, el encuentro con los noveles poetas de la Quinta del 42 también fue decisivo; en un artículo titulado «Las dos HH», publicado en el número ocho de *Peña Labra* (verano de 1973) nos relataba así aquella cita crucial con Hierro e Hidalgo y la pérdida de aquel manuscrito poético que le regalaron:

Los conocí a la vez y supe de ellos por aviso de nuestro común amigo el buenísimo Luis Corona. Y un buen día se presentaron en mi casa de Reina Victoria, 25, 4º, Santander, los dos adolescentes, sonrosado y locuaz el uno, pálido y moreno el otro. Traían una colaborada credencial: un libro de edición y ejemplar único en que la también común vocación artística de los dos poetas había logrado, además de la caligrafía, la ilustración o capricho colorista. Así creo recordarlo. Hablamos, toqué el piano, prometí leer los versos, diles gracias por su vista y por el depósito del libro y en cuanto se marcharon me puse a leerlo. Quedé encantado. Y esperé la segunda visita. Cuando volvieron, yo no me atreví a quedarme con el tesoro que suponía para ellos muy valioso y se lo devolví. ¿Cómo iba yo a suponer que el tesoro estaba atesorado como regalo definitivo y para mí solo? Ellos no se atrevieron a decírmelo, yo no osé hacer alusión alguna a tal posibilidad, y no volví a ver más los poemas. Los arrastres y desconciertos de aquellos años trajeron la tristísima consecuencia del extravío sin remedio del códice casi miniado. Se perdió una joya bibliográfica³.

Gerardo Diego fue, por lo tanto, para los poetas santanderinos, un primer punto de apoyo y un intento de acercamiento y reconocimiento de su incipiente labor poética. Las visitas al maestro, el recopilar una antología de versos que le regalan con deseo de juicio crítico y la clara influencia de su poesía humana y viva de hondas preocupaciones existenciales, señalan este magisterio, más marcado en José Hierro que en José Luis Hidalgo, ya que éste último se vio atraído por las imágenes creacionistas del vate santanderino, pero fueron sobre todo, las luces surrealistas de Alberti, Alexandre y Lorca (leídos en la *Antología* del profesor) las que van a tener el

² García Cantapaliedra, *Aurelio*, Op. cit., pág. 87.

³ Diego, Gerardo, «Las dos HH», *Peña Labra*, n.º 8, Santander, verano 1973, pp. 32-3.

peso determinante en su poesía primera (*Pseudpoesías, Las luces asesinas y otros poemas*, etc). De esta forma nos lo relata en unos versos del poema «Quise verte gritando por la tierra», no recogido en libro por el autor de *Los muertos*:

Los dos —con igual mano—
cuidamos nuestras flores,
nuestro jardín abstracto
de intentados poemas
—orillas de la mar, orillas de los versos,
Puerto Chico, los muelles, Piquío, el Sardinero,
entre versos de Alberti, de Salinas, de Diego...—⁴

Gerardo Diego fue el primer mentor de nuestros jóvenes poetas, él les indicó la directriz de una poesía humana, tremendamente existencial y religiosa con sus *Versos humanos* y *Alondra de Verdad*, libros que marcaron a muchos poetas de postguerra. Este cambio de estilo poético no sólo se produce en el vate del veintisiete, sino que sacude a las generaciones de postguerra, en general, y está de manera presente en la propia trayectoria de Hidalgo, que después de la seducción creacionista y surrealista —que nunca abandonare del todo y que había predominado hasta 1939, fecha de las visitas al maestro— evoluciona hacia una poesía de hondas preocupaciones metafísicas. Doble magisterio, por lo tanto, como poeta y antólogo, y como guía: desde las vanguardias a la poesía humana. El reconocimiento de estos patrones poéticos a seguir, de esta «pista» —como dice el mismo Hierro— hacia una poesía llena de preocupaciones humanas y tremendamente testimonial, nos la indica el autor de *Tierra sin nosotros* en un artículo homenaje al poeta santanderino titulado «Entrañable Gerardo»:

(...) Para mí Gerardo Diego es una parte de mi juventud, un pedazo de nuestro entrañable Santander, la primera pista —*Versos humanos, Manual de espumas*— que me ofreció la poesía viva. Si paseo junto a la bahía santanderina un día de viento sur, automáticamente pienso en «las lejanías que están aquí, al alcance de la mano». Y un día de nordeste lo miro, irremediabilmente, a través de su «Nordeste azul». Puede que todo esto sea una excusa para mi incapacidad crítica, aunque no creo que me invente admiraciones para justificar fracasos.

Puede que la primera nota que haya de destacarse en la poesía de Gerardo Diego es su incurable juventud, su curiosidad, su humor y contenida alegría. Su obra resulta más joven, inquieta e inventiva que la de mayor parte de los poetas de hoy. Y más llena de sorpresas. En estado puro o impuro es el creacionismo lo que la anima. «Crear lo que no veremos» fue uno de sus lemas predilectos. La obra de Huidobro no fue para él patrón al que someterse, sino chispa que enciende lo que nuestro poeta llevaba dentro. De ahí que, cuando pasaron las fiebres del ismo, oculta en el espíritu del poeta⁵.

En otro artículo del mismo José Hierro en el número homenaje de la revista *Peña Labra* a Gerardo Diego en el verano de 1972, vuelve el poeta a

⁴ Hidalgo, José Luis, *Obra poética completa, Institución Cultural de Cantabria, Santander, 1976, pág. 228. Citamos por esta edición.*

⁵ Hierro, José, «Entrañable Gerardo», *Punta Europa, nº 112-3, año XV, agosto-septiembre 1966, pág. 36.*

incidir en la importancia que tuvo el maestro del veintisiete para su generación y la deuda contraída con él. En este trabajo Hierro analiza algunas características de Gerardo: su juvenil actitud que lo hace más un compañero que un relevante profesor, la accesibilidad y sencillez humana, la pasión por la poesía compartida por toda alma joven, el gusto por la modernidad y la experimentación poética, etc:

Gerardo descubrió, por medio de su Antología ejemplar, a los que éramos unos chicos por los años anteriores a la guerra, cuál era el camino verdadero y cuáles los nombres representados. Es una deuda que me parece tenemos contraída con él los hombres de mi generación. Pero es que, además, lo que yo haya podido saber del misterio poético se lo debo a él más que a ningún otro lírico de este siglo, incluidos mis admirados Rubén, Juan Ramón y Machado. En cuanto al placer meramente poético, de lector desinteresado, *Alondra de verdad* no ha agotado, para mí, sus primores y sorpresas. Gerardo Diego, maestro y poeta sin ocaso: he aquí la etiqueta que le conviene, con la que yo le distingo.

En el aspecto personal, hay algo en Gerardo que le caracteriza: su perenne juventud. Una virtud que, paradójicamente, se vuelve contra él. Su insaciable curiosidad por lo nuevo y por los nuevos, su generosidad para darles el espaldarazo, su convivencia con los más jóvenes que él, le ha privado del reconocimiento de su magisterio. Consideramos maestro al que vive alejado, por encima de nosotros, en un misterioso trono al que es difícil acercarse. Pero Gerardo participa en los pequeños hechos de cada día, asiste a los problemas y rabietas. Reacciona, con la pasión de un muchacho, ante todo lo que considera injusto o feo, hasta el punto de privar de su poesía a su Santander, su cuna, su palabra, por el grave hecho de haber enturbiado la curva flexible de Peña Cabarga un desafortunado monumento. Su juventud de alma se manifiesta yendo a contracorriente de una poesía, la de nuestros años, que había perdido el frescor, aquejada de la sequedad que confundimos con la trascendencia. Al fin las aguas volverían a sus cauces imaginativos, gracias a quienes eran más jóvenes que nosotros, y casi tanto como él.

Gerardo, un maestro que parece un discípulo. Un maestro compañero al que nunca recordamos cuánto le deben, le debemos, los poetas⁶.

José Luis Hialgo se sintió atraído desde muy joven por las experiencias vanguardistas: los experimentos ultraístas e imágenes creacionistas que confeccionaba Gerardo Diego, el juego de la greguería de Gómez de la Serna y los nuevos métodos que practicaban escritores y pintores que conllevaban ciertos ecos expresionistas en sus obras, por ejemplo, Gutiérrez Solana a quien conoció personalmente e, incluso, dedicó un artículo crítico a su pintura: «Solana, el torpe», publicado en la revista valenciana *Corcel* n° 10-2 de 1945⁷. El vate montañés se interesó vivamente por la estética de vanguardia, y leyó textos teóricos y estudios críticos sobre arte y literatura de los precursores de estos movimientos. Un libro clave fue *La nueva literatura* de Rafael Cansinos Asséns (releído varias veces) y conoció de cerca las polémicas y los artículos de Fernando Vela, Guillermo de Torre, Benjamín Jarnés, E. Salazar y Chapela, César M. Arconada y Antonio Marichalar, entre otros, en las revistas *Alfar*, *Revista de Occidente* y *La*

⁶ Hierro, José, «Palabras desde Santander para Gerardo», Peña Labra, n°4, Santander, verano de 1972, pág. 14.

⁷ Ciertos motivos son afines entre el poeta montañés y el autor de *La España negra*, por ejemplo: la visión trágica de la existencia, la tendencia a lo grotesco —esa veta surrealista que implica un realismo de pesadilla—, el estado febril, la confusión de realidades y el empleo de tópicos surrealistas: los muñecos y marionetas —compárese por ejemplo «Las figuras de cera» solanescas con ese «muñeco de ciudad» hidalguiano—.